

ÓSCAR TUSQUETS, EL HOMBRE LOBO

UN RECORTE APOLILLADO del "Tele/eXprés" de 1971, con la firma de Ana María Moix, lo describe como el príncipe de la "gauche divine", que irrumpía en Bocaccio después de "Ironsides", con sandalias, "blue jeans" y un jersey negro. Eso ocurría hace 23 años y aunque la discoteca cerró, Raymond Burr cría malvas y Óscar Tusquets prefiere mocasines, pantalones de Groc y camisa italiana, sigue siendo el mismo personaje estentóreo, polemista desaforado, gesticulador excesivo. Quienes sólo conocen su obra como arquitecto o diseñador no logran encajar su racionalismo equilibrado con el discurso desmelenado y vocinglero. Y es que como el hombre lobo, durante el día vive subsumido en un cuerpo de don apacible y por la noche sufre la transformación del hombre lobo, capaz de ahullidos capaces de astillar las estrellas. Decía la Moix que es un hombre al que se le calienta la sangre hasta discutir a grito pelado, cualidades que sus amigos confirman que mantiene intactas a pesar de los años, ya sea para defender la figuración del pintor Antonio López o para atacar el intervencionismo de François Mitterrand.

De todos modos, sería injusto reducir la evolución personal de Tusquets al atavío o las canas. Incluso el título de su último libro, "Más que discutible", es un ejemplo de la madurez del polemista, pues parece una invitación a seguir discutiendo antes que a agarrar por la solapa de la chaqueta. Aun así, pone de chupa de dómine a los apóstoles del marketing, a los exégetas del abstracto, a los pilotos de avión con "ReyBan" o los ósculos al hormigón del Papa. Pero no como petardista ácrata anclado en los gintonic del pasado, sino como agitador de ideas en coctelera en un país excesivamente respetuoso con casi todo.

Pero Tusquets no es sólo un peregrino del paseo de los peripatéticos, es uno de los diseñadores más brillantes del planeta. Aunque sólo fuera por la silla Varius, merecería un fascículo de cualquier enciclopedia del diseño. Pero como ese hombre lobo —¿o lobo-hombre?—, capaz de defender con ardor el valor estético hasta del tacón femenino, puede crear delicadas teteras, imperceptibles estanterías, finas lámparas o bellísimas joyas. Seguramente, la culpa de todo la tenga esa Pedrera a la que siempre vio como una cueva misteriosa, cuando de niño pasaba por delante camino de la escuela. El genio Gaudí cinceló su personalidad a fuerza de ser paisaje de infancia. Y poco a poco el lobo-hombre pasó a encontrar cobijo en ella.

¿Es Tusquets más arquitecto que diseñador? Cualquier afirmación es injusta, porque Tusquets es poliédrico. Como arquitecto su lápiz ha llegado a cautivar a José Luis Núñez, que después de convertir el

Eixample en una esquina de prêt à porter decidió, por consejo de Maragall, probar a vestir alguna de alta costura. Y el resultado sorprendió a Núñez casi tanto como los éxitos de Cruyff, después de una sequía de Ligas que amenazaba con la quema del estadio. El Tusquets arquitecto tiene su cruz en el guiñapo convertido en ruinas que adornaba la avenida Cambó y su cara en la ampliación del Palau de la Música, que hubiera firmado el propio Domènech i Montaner. Pero Tusquets es muchas más cosas:

es un pintor realista, un "culé" empedernido, un cocinero colorista. Cantante de rock es lo único que pudo haber sido y no fue. Posiblemente porque, como buen hombre lobo, brutal en los planteamientos y delicado en las formas, habría gritado como Joe Cocker y habría hecho melodías como Serrat. Por embrujo de la Luna. Esa Luna que le gusta ver en Cadaqués y que invita a la mudanza de cuerpos y espíritus. ■ MÀRIUS CAROL



EL DATO

Dice, como "boutade", que más que levantar casas, lo que le interesa ahora es crear jardines. De momento, en su torre de Pedralbes ha configurado un jardín provocativo, con una piscina tan estrecha y alargada que sus amigos afirman que sólo permite nadar "crawl" y en una sola dirección